

Trigésimo cuarto Domingo. Tiempo Ordinario. Año B

Lectio divina sobre Jn 18,33b-37

En el interrogatorio de Pilato sobre la realeza de Jesús, el evangelista juega con un doble nivel: el histórico, en el que la pretensión de ser rey de los judíos, constituyendo un grave delito de sedición, llevaba a la pena capital; el real, pues, en la lógica del narrador, Jesús es rey, aunque no según las leyes de este mundo ni las expectativas de su pueblo; lo será ciertamente cuando muera en cruz. Jesús no puede huir de su destino; no se echará atrás, sólo porque ponga en peligro su vida. Confiesa su realeza cuando afronta la muerte en cruz. Para el escéptico de ayer y de hoy la realeza de Jesús es vana ilusión, si no puede salvarse ni a sí mismo. Para el creyente, en cambio, la muerte en cruz es precisamente la ceremonia de su entronización como rey auténtico. Jamás deberíamos olvidar que Cristo reina sólo en la cruz y desde ella. Quien lo acepta rey en una cruz, no vive en su seguimiento haciéndole ascos a las múltiples cruces de la vida

En aquel tiempo, ³³dijo Pilato a Jesús:

«¿Eres tú el rey de los judíos?»

³⁴**Jesús le contestó:**

«¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?»

³⁵**Pilato replicó:**

«¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí; ¿qué has hecho?»

³⁶**Jesús le contestó:**

«Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí.»

³⁷**Pilato le dijo:**

«Conque, ¿tú eres rey?»

Jesús le contestó:

«Tú lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo; para ser testigo de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz.»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

El relato joánico de la Pasión coincide básicamente con el sinóptico; debiendo contar los mismos sucesos en su desarrollo cronológico (arresto, proceso, crucifixión, sepultura, hallazgo de la tumba vacía y apariciones) y con idénticos personajes (Pedro, Judas, Caifás, Pilatos, mujeres, José de Arimatea), no había mucha posibilidad de introducir notables cambios.

La primera sección de este gran relato (Jn 18,1-27) narra el arresto de Jesús en el huerto (18,1-12) y su juicio ante las autoridades judías (Jn 18,13-27), durante el cual Jesús apenas habla (Jn 18,20.23); la figura de Pedro, con sus negaciones, juega, en contraste con Jesús, un papel importante (Jn 18,10-11.15-18.25-27). La segunda sección se centra en la narración del juicio de Jesús ante el procurador romano (Jn 18,28-19,16): éste es para el narrador el *verdadero* juicio, en el que las autoridades judías emergen como acusación y la romana como juez.

Relatada con mayor detalle, el largo interrogatorio se centra en destacar la realeza de Jesús (Jn 18,33.36.37.39; 19,3.12.14.15.19.21). Ante Pilato, y el mundo que representa, el imperio romano, Jesús se proclamará, sin titubeos ni silencios, rey y mesías. Y lo hace cuando su confesión es más inverosímil. Proféticamente, el pagano romano proclamará a Jesús rey y su dignidad mesiánica reconocida será la causa de su muerte (Jn 19,19). La comunidad cristiana se siente a sí ayudada a testimoniar el reinado de Jesús en este mundo desde una cruz.

Los elementos narrativos son escasos. El diálogo, predominante, define a los actores. Pilato, procurador romano de Judea durante los años 26 al 36 d.C., aparece en escena y se muestra justo con el acusado quiere conocer la causa del enjuiciamiento (Jn 18,29). El primer interrogatorio de Jesús transcurre dentro del pretorio, en privado, algo insólito en un proceso oficial. Pilato, siguiendo la praxis judicial romana, pregunta por la causa de acusación es decir por la pretensión mesiánica de Jesús, convirtiendo el juicio en causa política. Las preguntas y respuestas se suceden, pero la cuestión es única: *¿eres tu el rey de los judíos?* (Jn 18,33; 18,39; 19,3.14.15).

Jesús responde con una pregunta personal a Pilato, dándole oportunidad, antes de responderle, de hacer sincera y suya la pregunta (Jn 18,34). Al contestar con cierta indiferencia y desprecio (Jn 18,35), Pilato reconoce que no tiene motivos para proceder en su contra; de paso, descarga la responsabilidad en los jefes y el pueblo de Israel, fueron ellos quienes se lo entregaron (Jn 18,35). Jesús responde afirmando su reinado, sin utilizar el título de rey (Jn 18,33); tres veces usa la expresión *mi reino*, y aclara que su reino no es como los de este mundo, apoyados en el poder y en la resistencia violenta. Pilato no capta la sutileza de Jesús y, pregunta de nuevo *luego, ¿tú eres rey?* Jesús responde de forma indirecta: *tú lo estás diciendo que soy rey*. Es evidente la ironía del autor: Pilato lo ha dicho sin creerlo, ya que sólo quien procede de la verdad puede oír y seguir este testimonio (Jn 18,37).

II. **MEDITAR: *aplicar lo que dice el texto a la vida***

Hoy, último domingo del año litúrgico, celebramos la realeza Cristo Jesús, una fiesta que, aun respondiendo a una de las convicciones cristianas más seguras, no carece de ambigüedad. O, por lo menos, puede ser malinterpretada. Y es que siempre que se ha proclamado a Jesús Rey han surgidos malentendidos, desde los tiempos de Jesús hasta nuestros días. Algo hay, pues, en esta fe en el señorío universal de Jesús que puede prestarse a equívocos. Y el pasaje evangélico, tan sutil, no ayuda mucho a librarse de ellos.

Ya en los días en que Jesús de Nazaret predicaba en Galilea se le quiso proclamar rey; pero Jesús rehusó esa dignidad y llegó a huir de quienes lo buscaban para convertirlo en su soberano (Jn 6,15). Más tarde, morirá bajo la acusación de haber pretendido ser el rey de los judíos, su libertador del yugo extranjero (Jn 19,19-21). Y sin embargo, Jesús sólo reivindicó para sí esa dignidad, y el título, en la única ocasión cuando no había posibilidad de ser malinterpretado: durante un proceso, cuando hasta sus amigos lo habían abandonado, mientras le escarnecían los enemigos y las autoridades iban a condenarlo a muerte. En la debilidad más extrema, en el momento de mayor soledad, Jesús se sabe y se confiesa rey con toda dignidad y firmeza.

Hay que reconocer que los discípulos de Cristo a través de la historia no hemos sido tan cuidadosos como lo fue nuestro maestro. ¿Cómo no conceder que, a veces, hemos proclamado el señorío de Jesús para poder someter a nuestro señorío a los hombres? Ni siquiera hoy podemos estar seguros de que la situación ha cambiado mucho entre nosotros: en nuestra sociedad hay demasiados recelos, desgraciadamente justificados a veces, ante predicaciones de la fe y proclamaciones de derechos y libertades para la iglesia que, a oídos y para la sensibilidad de muchos de nuestros conciudadanos, les resultan demasiado preocupadas en conservar privilegios o poderes.

En estos tiempos de sinceridad que la comunidad cristiana ha de vivir, hay que recoger los reproches que se nos dirigen para examinar su razón y comprobar si son ciertos: si no es verdad que todavía buscamos privilegios sociales, seguridad de que no va a atentar contra nuestra forma de ser, mientras intentamos someter a los que no creen a nuestro modo de pensar. Porque una cosa es pedir respeto, exigirlo incluso, para nuestra vida creyente y nuestras formas de expresarla en público y otra, bien diversa, tratar de imponerla esperando que los que no comparten nuestra fe hoy se comporten igual que nosotros, cuando no mejor. ¿Por qué escandalizarse, entonces, que quienes no creen actúen según nuestras creencias? Aceptemos con todas las consecuencias que el seguimiento de Jesús, y su reinado, sólo recae en cuantos estamos dispuestos a ser sus discípulos. O por decirlo con palabras de Jesús rey, en cuantos "son de la verdad y escuchan su voz".

Y es que no basta que proclamemos hoy que Cristo es nuestro rey. Habrá que confesar con la misma fuerza e idéntico entusiasmo que su reino no es de este mundo, que su poder no se ejerce como detentan el suyo los poderosos de este mundo. Sólo una comunidad cristiana que renuncie a privilegios sociales y posiciones de fuerza es fiable cuando afirma que es súbdita de Cristo rey. Sólo si los cristianos servimos para algo en nuestra sociedad haremos más creíbles nuestras exigencias de respeto; cuando respetemos mejor los derechos de los demás lograremos hacernos respetar. Y el derecho más irrenunciable es el sabernos súbditos de un único Señor y el tener el valor de celebrarlo hoy, sin pretensiones pero sin complejos, sin perder la alegría porque no todos piensen como nosotros; pero sin envidiar a quienes no tienen, como nosotros, a Cristo como Rey único.

Porque Él fue rey en una cruz. Aceptar esta verdad exige una formidable actitud de despojo que no se encuentra en nuestra sociedad y que no encontrará eco en ella. Estamos celebrando el reinado de un condenado a muerte, el señorío de un rey que sirvió a sus vasallos, el dominio de un señor que entregó al vida por sus siervos. Su destino ha de ser el nuestro, si es que esperamos algún día compartir su triunfo y su reino. No podemos - no debemos - estar hoy celebrando un reino que se alcanzó en la debilidad y en el sufrimiento y pensar simultáneamente en asegurarnos posiciones de poder en el futuro o vivir con nostalgia de privilegios que tuvimos en otro tiempo.

Tal vez hoy más que nunca precisamos los cristianos de testigos que crean en este reino, que no es de este mundo, pero que nos lo hagan creíble en nuestro mundo: que creen en la posibilidad del amor sin gratificación inmediata, que trabajen por un mundo más fraterno sin esperar recompensas ni prebendas, que se dediquen a mejorar la vida diaria de los demás sin que se lo tengan que exigir. Deberíamos los cristianos ser los que más nos distinguimos por servir, los que menos envidiamos a los poderosos, los que más nos ocupamos en resolver las preocupaciones de los humildes. Quien cree en Cristo Rey se hace constructor de una sociedad nueva, que no se base en el poder, sea político, económico o religioso, donde no se busque sólo, y sobre todo, tener más que los demás, donde el saber más no sea privilegio de unos pocos. Los cristianos tendríamos que ser quienes en esta sociedad pedimos menos cuentas a los demás y contamos más con todos. Si no aspiramos, con ilusión y eficacia, a establecer una mayor fraternidad entre nosotros, si seguimos ignorando a cuantos conviven con nosotros, si persistimos en convertirnos en jefes que dominan, no somos ciudadanos del Reino de Cristo, quien vino no para ser servido ni para servir.

Para que nuestra celebración del reinado de Cristo sea, pues, fidedigna, tendremos que empeñarnos en creer sin sombra de dudas en el Cristo Rey y sin dilación ponernos a crear entre nosotros ya ese reino de verdad y de vida, de santidad y de gracia, de justicia y de paz. En medio de un mundo injusto, hoy podemos empezar proclamando que es posible una justicia mayor y que de ella nosotros somos sus abanderados. En un mundo herido por la desconfianza y el odio, donde abundan los predicadores de la lucha y de la división, podemos empezar hoy a afirmar que es posible la paz mientras trabajamos

por hacerla realidad, que es urgente la fraternidad precisamente porque nos estamos alejando de ella, que la solidaridad sigue siendo actual porque hoy ya no está de moda.

A pesar de la aparente paradoja, sólo quien cree que Cristo reinó en y desde la cruz, a través del servicio y en la entrega de la vida, comprenderá que aún tiene razones para esperar un reino de justicia y de paz. Y encontrará las fuerzas para intentarlo. Si no lo intentamos, no tenemos derecho a celebrar esta fiesta, pues no será nuestro el triunfo de Cristo ni su reinado. Y nuestra fe seguirá dominada por el equívoco. Pidamos, de todo corazón, como Jesús nos enseñó, que venga a nosotros, de una vez por todas, su reino. Pero aprendamos que su reino viene sólo a través de la cruz y del servicio. Pues únicamente desde una cruz, y entregando su vida, reinó Cristo.